



A principios de Junio, Laura de Chesne, que no había podido negarse á las instancias incesantes de la madre de Octavio, salió con ella para Normandía.

Octavio había pedido á su madre que le dejase estar unos días más en París, asegurándola que se uniría con ella al momento. Cumplió su promesa después de despedirse de Sextilia, que también iba con su padre á pasar un mes en casa de una tía suya. Los dos jóvenes no se separaron sin haberse prometido mutuamente encontrarse para primeros de Julio en los baños de mar de Trouville.

VIII

Al llegar al campo, había contado Octavio con tener una larga entrevista, á solas con su madre, para hacerla confidencias que él creía no podía demorar por más tiempo; hablar seriamente de Sextilia, enumerar sus méritos y obtener, con la ayuda de esa persuasiva elocuencia, cuyo secreto sólo poseen los hijos,

su consentimiento para un matrimonio que él deseaba con toda su alma.

Por tanto, sufrió un cruel desengaño cuando supo que, no habiendo Laura encontrado ninguna casa que alquilar, se había decidido, á ruegos de su madre, á pasar parte del verano en su compañía. Estaba demasiado bien educado para que manifestase su disgusto; pero, sin embargo, en vez de tener mil delicadas atenciones con la joven viuda, hacerla compañía, ó una corte asidua, distracción preciosa, de que tanto había abusado en el invierno, se aprovechaba de la tradicional libertad de que se puede gozar en el campo, para perderse en las calles de árboles más solitarias, soñar en sus amores, contar los días que faltaban para la cita de Trouville, y buscar el medio de abordar con su madre aquella difícilísima cuestión.

Laura no aparentaba aperebirse de aquella conducta, bastante extraña en un joven que vivía al lado de una mujer bonita: no la extrañaba que prefiriese sus recuerdos á una realidad encantadora, y nunca dejó ella de recibirle con la más cordial acogida, por la mañana, cuando se encontraban forzosamente, á la hora del almuerzo, y de sonreírse con él por la noche, después de haber pasado el día lo más lejos posible de los sitios en que ella pudiera encontrarse.

Esta indiferencia, acaso afectada, duró muchas semanas sin que Octavio llegase á notarla; pero cierta mañana, una lluvia torrencial le había impedido emprendiera sus largos pa-

seos; y tuvo la idea, para distraerse, de mirar á Laura y estar, por vez primera, amable con la amiga de su madre. Sin tratar de hacer comparaciones entre ella y Sextilia, no pudo dejar de conocer que el talento de la primera era natural y fino, con una ligera tinta de melancolía que sienta muy bien á las morenas; sus ojos de encantadora expresión, su talle esbelto como el de una muchacha soltera, y su pie de los más perfectos.

Los periódicos de París habían faltado aquel día, y ningún vecino había venido á visitarles; Octavio, menos alegre desde que estaba enamorado, no supo de qué hablar ni de qué ocuparse. Para colmo de desgracia, su madre le había dejado solo con Laura. Guardaba silencio largo rato ya, y por temor á ser impolítico, se creyó obligado á dar cuenta á Laura de las observaciones que había hecho sobre su talento y su belleza. Le escuchó sin incomodarse, pero sin mostrar tampoco el menor enternecimiento; Octavio, herido en su amor propio, iba ya á emplear cumplimientos más directos, cuando el sol reapareció y le inspiró el deseo de correr por los campos en compañía de Sextilia ó más bien de su recuerdo.

Pero, ¿cómo explicar este enigma? El tiempo fué magnífico en los días siguientes, y Octavio, que podía con toda tranquilidad suspirar y soñar bajo las más sombrías espesuras del parque, se creía en la obligación de pasear con Laura por el estanque, llevarla á ver ciertas célebres ruinas de las cercanías y montar á caballo, acompañándola.

Su madre tenía miedo á las calenturas que podían producir las agnas del estanque; había visto las ruinas y no podía montar á caballo; por eso no acompañó nunca en sus excursiones á los jóvenes.

Sin embargo, Octavio, que por timidez había retrasado el momento de hacer á su madre las confidencias que deseaba, resolvió abordar francamente el asunto en los primeros días de Julio. En aquella época, hizo la casualidad que Laura y la madre de Octavio siempre estuviesen juntas cuando éste quería hablarla. Una noche ya pudo, por fin, encontrar sola á su madre en su cuarto, pero tenía en aquel momento tan buen humor, y sentía tanto hacérselo perder, que... no la dijo nada.

—Si confiase á Laura—se decía despues de una semana entera de vacilaciones,—la misión delicada de decir á mi madre lo que no tengo valor para decirla; si la interesase en mis amores y consintiese en ayudarme, lograría mis deseos, sin duda alguna, mejor que yo; las mujeres se comprenden unas á otras á las mil maravillas.

Y en el mismo instante se dirigió al encuentro de Laura. Pero del mismo modo que Octavio otras veces, ella buscaba ahora las calles solitarias y los espesos follajes; acaso le gustase evocar alguna imagen querida, algún recuerdo simpático á su corazón. Largo tiempo recorrió en vano los paseos del parque. Por fin la encontró bajo un misterioso cenador cubierto de enredaderas; el libro que ha-

bía llevado para leer estaba caído á sus pies, y como adormecida por suaves arrullos miraba y parecía no enterarse de nada de lo que sucedía á su lado. Estaba verdaderamente hermosa, con la cabeza melancólicamente reclinada sobre una mazorca de flores, caídas sus preciosas manos, los labios entreabiertos y sonrientes y sus cabellos ténueamente iluminados por un rayo de sol. Aunque pensando en Sextilia, Octavio se recreó por mucho tiempo en el espectáculo agradable que ante él se presentaba; después cogió una rosa, se adelantó hacia Laura, y en vez de confiarla como antes había resuelto, su amor, á una rubia soltera, ofreció á la viuda la rosa que en la mano tenía.

* * *

Pasó el verano, el otoño reemplazó al estío y los bañistas de las playas de Trouville no habían visto por allí á Octavio. Se olvidó hasta de París que tanto le gustaba, porque una vez no más le encontramos allí.

—Te creíamos en el campo—le dijimos al verle.

—Allí estoy, en efecto—respondió.—No he venido más que por un instante á comprar una corbata á una amiga de mi madre, á quien se la ha caído la suya en el estanque del parque.

—Parece—le dijimos,—que la amiga de

tu madre tiene distracciones muy extrañas cuando se pasea junto al estanque.

Palabras perdidas: Octavio se había separado de nosotros antes de concluir de decirlas.

El invierno trajo á París á los que veraneaban en Normandía. Como sucedía al empezar esta novela, Octavio pasa casi todas las noches en casa de su madre; Laura de Chesne, agradecida á la hospitalidad que le había sido dada durante cinco meses, interrumpe muchas veces esa intimidad familiar entre la madre y el hijo; pero Octavio parece que no ha tomado ningún partido.

A la señora de Aubray, que había envejecido al terminar el pasado invierno, el aire del campo la ha sentado muy bien; por la noche parece una mujer de treinta y dos años, siempre amable en sociedad y con cierto barniz de coquetería cuando habla con cualquier hombre galante de buena posición en la corte. Sus esfuerzos por granjearse los favores de los poderosos, van á obtener, al fin, el éxito á que son acreedores. Citase el nombre de su hijo, entre otros muchos, para desempeñar el cargo de Consejero de Estado.

Con objeto de celebrar tan ambicionado nombramiento, había reunido en su casa á varios amigos.

—¿Sabéis una noticia?—dijo uno.

—No.

—Que Sextilia de Martrais se casa.

Tres exclamaciones á cual más diversas salieron de los labios de Laura, de Octavio y de su madre.

—¿Quién es el hombre que tiene valor de casarse con ella?—preguntó otro.

—Un extranjero que pasa por millonario—respondió la persona interrogada.

Y después, volviéndose á Octavio, tuvo la indiscreción de añadir:

—A propósito, ¿no se decía el invierno pasado, que estabais muy enamorado de Sextilia?

—Me agradaba bastante—replicó Octavio con abandono.

—Pero, ¿no pensasteis casaros con ella?

—¡Yo! no le pensé nunca.

Al oír esta respuesta la madre de Octavio se puso encarnada y la oí decir entre dientes estas palabras:

—¿Me había engañado? ¿Era inútil?

Después levantó los ojos y vió que Laura estaba sentada cerca de Octavio en el momento que, interrogado bruscamente con respecto á su casamiento con Sextilia, se había visto obligado á contestar. Entonces ella se sonrió y miró á su hijo, Octavio á Laura y ésta miró á la alfombra.

FIN

P
L